

Alejo Durán: el aedo del Caribe colombiano

Marina Quintero Quintero

*Al divino Aedo Demodoco
los dioses le han otorgado el canto
para deleitar siempre que su ánimo
lo empuje a cantar
La Odisea, canto VIII*

Alejo Durán, amado por las musas de la poesía épica, de la elocuencia y de la música, poseía la virtud de recordar, narrar y cantar, y un especial entendimiento para dar a sus melodías forma de palabra. Como el dios Marsias con su flauta, Alejo creó con su acordeón músicas capaces de producir encantamiento y fascinación y un efecto ritual manifiesto en la común unión de quienes lo escuchaban. Fueron sus creaciones particularmente eficaces como agentes de identificación, relatos idiosincráticos donde es posible leer su vida, mitos a través de los cuales hace el argumento de la propia historia y la de todos.

Los dioses le otorgaron el poder de convertir en relato su existencia y en canto su palabra. Así fue como transformó en canción los momentos en los que la vida se expresa, se delimita, se piensa y se comprende. Encrucijadas como la partida del hogar paterno en busca de amor y de fortuna, la lucha por lo propio o la rendición ante el hechizo de una mujer que seduce y sojuzga, fueron nombrados en sus cantos.

Alejo, el narrador, abona el mito, es memoria que salva y rescata del tiempo y del olvido lo que sabe, lo que ha sucedido. Retiene, recuerda y canta para no dejar escapar de sí, para hacer del pasado historia, identidad; para integrar a la vida; para unir el mundo de la vida con el mundo de los muertos. Alejo, el narrador, abona la cultura.

Muchachos, si yo me muero...

Antes de morir, Alejo murió tres veces, lo que lo hizo inmortal. La primera muerte, según se rumoró, fue a manos de un policía godo, en Real de Obispo; la segunda, quemado en las llamas de una roída lancha que finalmente fue a dar con todo y su cargamento al lecho del Sinú, y la tercera, esa sí fue de muerte natural. Así lo registró *El Tiempo*, en 1975: “Murió en Planeta Rica”, pero nadie lo creyó. “—¡Qué va, ese negro no muere todavía!, ¡qué va a morir ese negro si aquí y allá no vive sino pa’l canto!”. ¡Y, vaya que lo sabían! También esta cita lo cogió cantando, pero esta vez en Planeta Rica, en el patio de los matarratones y las siemprevivas, de cara al viento, escuchándose en el eco bronco y juguetón que venía del horizonte vespertino.

Sin embargo, en Valledupar, su amigo Víctor Julio Hinojosa, el patillalero, alistó sus alforjas y cogió el rumbo de la sabana, pero sólo llegó hasta mitad del camino, pues entre sus voces rústicas un canto mensajero le anunció que Alejo estaba vivo cantando aquella muerte, que Alejo seguía vivo en la voz, en la voz de los caminos y los montes, en la voz de los pueblos.

A mi compadre Víctor Julio
yo le dejo mi acordeón
no se lo entregue a ninguno
es parte de mi corazón

Fue así como estas muertes exorcizaron lo que ocurriría en Montería, en la madrugada del 15 de noviembre de 1989, cuando la muerte ilusa le salió al paso, sin contar con que su voz



Sabroso veneno, madera, sillas, mesas, manteles, rótulo en neón y pinturas de acrílico sobre lona, 2017.

ya navegaba en la calma de los grandes ríos que detenían su turbulencia para oírla, y también en la cantarina monotonía de quebradas y riachuelos, sin contar con que su voz seguía ahí en el olor a monte de las más recónditas veredas y también en la penumbra urbana de cantinas y tabernas y en el hostigoso almizcle de estanquillos y burdeles, sin contar con que su voz seguía vibrante en el frenesí de las galleras y en el fragor de las corralejas, sin contar con que su voz permanecía fresca en la brisa matutina que acaricia el follaje de los patios campesinos y en el tarareo seductor de una doncella que entre suspiros sueña. Esta vez la muerte nada pudo. ¡La muerte nada pudo con el canto!

Muchachos, si yo me muero
les vengo a pedi' el favor
me lleven al cementerio
este pedazo de acordeón

Descendiente de carabalíes

Su voz eterna se forjó en el crisol de la raza. Los nativos de El Paso son una mezcla lejana de españoles canarios, indios chimilas y carabalíes africanos, lo que explica su tradición de pastores y músicos —cantadores y tamboreros—. Los primeros carabalíes, dice Ciro Quiroz Otero, llegaron a estas sabanas calurosas que se extienden entre el río Cesar y el Ariguaní, seleccionados en Mompo, destinados a la ganadería. Eran altos y fornidos.

Juan Bautista Durán, peón de la hacienda Las Cabezas, tocaba el pito cruzao y la flauta de cardón y, como buen puyero, cantaba y se acompañaba de un instrumento foráneo, el acordeón, para entonces de una hilera, donde se fueron anclando las músicas que, potentes como su raza, salían de su garganta fiel. Juan Bautista, fue el Padre de Náfer, quien, a su vez, fue el padre de

Luis Felipe, Alejo y Naferito. Nacieron todos del vientre de Juana Díaz quien, igual que su madre, fue tamborera y repentista en las noches de cumbiambas y pajaritos.

Como su padre y su abuelo, Alejo debió afrontar la rudeza de una rutina agobiante y muchas veces adversa junto con otros vaqueros, también acordeoneros, a quienes conoció en su trasegar laborioso por las fincas aledañas a Las Cabezas, donde se inició como peón de oficio desde su remota niñez.

Con su tío Octavio Mendoza y su padrino Víctor Julio Silva descubrió que la voz, el tono y el tema de los cantos rústicos tienen el color y el rostro de una realidad, la suya propia, que no puede cantarse de manera distinta a como brota fresca y mañanera de la garganta de los vaqueros guías de los caminos. Ahí comprendió que el secreto de la música está en el origen. Como el sentimiento, ella anida en el alma para brotar pletórica en la garganta infinita de los tiempos.

Alejo dejó de ser vaquero, pero, fiel, conservó su voz, su tono y sus temas, se quedó para siempre, no con ellos, como ellos, haciendo cantos y marcando en el acordeón trashumante los compases de su existencia. Fue en 1943 cuando Alejo sacó del baúl trasnochado de su tío Octavio el ya experimentado acordeón que supo sonar grave como su voz, pausado como su espíritu y limpio como la garganta de la negra Juana Díaz en diáfanas noches de tamboras.

La candela viva
la candela viva viene, ¡ay! fuego
la candela viva
caminando por la calle, fuego

Alejo no rehusó su música. Conforme a su origen le cantó a “Las Cocas”, al “Corralero”, al “Chinchorrito”, a “La sabana”, al “Pescador”, al “Sombbrero”, al “Tigre de Punta Brava”, al “Jazmín de Arabia”, a la “Flor de Isidro”, a la “Noche cuando llueve”, a la “Niña Guillo” y a la “Niña Minga”, a la “Siempre viva”,

al “Lucero de la montaña”, a la “Mata de azahar”..., y se fue imponiendo con cadencia y melodía en las ruedas de las cumbiambas, las tamboras y los merengues. Allí, en esas ruedas, descubrió nuevos secretos, y con ellos, un estilo grave, pausado y limpio se fue agazapando en la única hilera de su acordeón, hasta cuando los bajos, en una suerte de insurrección estética, impusieron su imperio sonoro en todo el sendero que la canción transita. El bajo inicial, para abonar la melodía, y el bajo marcante para caminar airoso al paso alcahuete de la canción.

– Fue mi padrino Víctor Julio quien me dijo que lo importante era el estilo, no la rapidez con que recorriera el teclado. Me acostumbré a tocar melodía, yo soy un acordeonero de estilo – le aclaró a Alberto Salcedo Ramos (1994).

Lo que dice la gente
ese negro sí toca
hombe qué le parece
lo que dice la gente
ese negro sí toca
ese sí come nota...

Acotaciones

Alejandro Durán nació en El Paso, departamento del Magdalena, hoy jurisdicción del Cesar, el 9 de febrero de 1919. Su deceso se produjo en Montería en la madrugada del 15 de noviembre de 1989. Su trashumancia por los caminos viejos del Caribe colombiano abarcó los últimos cuarenta años de su existencia, dejando un corpus aproximado de 350 canciones que recorrieron sin pausa la geografía nacional durante toda la segunda mitad del siglo xx y más acá en los albores del siglo xxi.

La conmemoración de los cien años del natalicio de Alejandro Durán se realizó los días 8 y 9 de febrero de 2019 en el municipio del Paso, en actos presididos por la Ministra de Cultura, Carmen Inés Vásquez, quien destacó la importancia de su música que, nacida en el Corral,

hoy se pasea por el mundo. Este acontecimiento se realizó en cumplimiento de la Ley 1860 de 2017 del Congreso de la República — presentada por el Senador cesarense José Alfredo Gnecco Zuleta — que declaró el 2019 como año de Alejo Durán y autorizó obras en su honor.

En el marco de la versión número 52 del Festival de la Leyenda Vallenata la empresa de Servicios Postales Nacionales de Colombia 4-72 lanzó una estampilla en honor a Alejandro Durán con motivo del centenario de su natalicio. La empresa se suma así al propósito de conservar el patrimonio histórico de la nación. La emisión filatélica abarca 38.000 unidades, volumen con el que se aspira a cumplir la función de postear los correos y

los objetos postales y que queden en circulación para los amantes de la filatelia y para coleccionistas. La estampilla estará en los 192 museos del mismo número de países que hacen parte de la Unión Postal Universal.

Marina Quintero Quintero es docente, investigadora y cantante. Ha dirigido durante treinta y cinco años el programa radial “Una voz, un acordeón” en la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia. Este texto es un fragmento tomado del capítulo homónimo de su libro *Juglares y trovadores del Caribe colombiano: trashumancia, poesía y canción*.



Everything Revolve Around the Column, madera, macetas de cemento, plantas naturales, bolas de fútbol, frutas, sillas y dibujos con enmarcado en madera, 2015.